

PANEGÍRICO  
DE SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

*Infirma mundi elegit Deus ut confundat fortia.*

Dios ha escogido á los más débiles del mundo para confundir á los fuertes.

(1. Cor. I, v. 27.)

¡Cuán diferentes son las obras del Altísimo de las obras de los hombres! Limitados éstos en sus ideas, impotentes para llevar á cabo grandes designios, solo producen efectos que, si bien por un momento deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasan luego cual meteoros que ningún rastro dejan de su existencia. La mano destructora del tiempo todo lo consume, y nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formó. Dios, por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras que resisten á todas las injurias del tiempo, y existen aún más que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La Iglesia es acaso el monumento más auténtico de la grandeza y poder de Dios; y los medios de que se sirvió para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo más portentoso de su sabiduría. Apenas hubo Jesucristo zanjado los fundamentos de este edificio imperecedero sobre la roca destinada á sostenerle, cuando se formaron mil proyectos para su exterminio. Los sábios apuraron todo el caudal de su ciencia carnal para desacreditarla; los grandes se sirvieron de su opulencia para envilecerla; los poderosos, manejando hábilmente todos los medios de terror, se empeñaron en destruirla. ¡Vanos esfuerzos! El Señor escoge para realizar sus planes divinos los instrumentos al parecer más insignificantes, y confunde la ciencia carnal con la ignorancia, la opulencia con la pobreza, y el poder con la flaqueza. ¿Quereis una prueba de esta verdad tan gloriosa para el cris-

tianismo? Recordad el triunfo que esta religion santa consiguiere por medio de la débil virgen Santa Agueda, gloria y ornamento de la Iglesia, honor de Sicilia, y espejo de las vírgenes cristianas. Jamás el mundo presenció un espectáculo tan sorprendente; jamás una lucha tan decidida entre la fé y el error, entre el vicio y la virtud. ¡Oh religion! ¡oh fé! Cuando yo te contemplo vencedora del poder de los cesares y de la insaciable rabia de los tiranos en la persona de los apóstoles, avezados á los trabajos, conaturalizados con las privaciones, y acostumbrados á las penosas fatigas de una vida llena de peligros, no me pareces tan bella y encantadora como cuando te miro recogiendo palmas y cñiendo laureles por el ministerio de una inocente virgen, criada en el regalo, acostumbrada á las caricias paternas y extranjera á los ardores de un mundo á quien apenas conoce. ¿Quién, en efecto, hermanos míos, no se llenará de asombro, al considerar los prodigios de la fé que se manifiestan en el martirio de esta ilustre virgen? No obstante la flaqueza de su sexo, vémosla sufrir penas, tolerar angustias, vencer tentaciones, rendir corazones, trastornar voluntades; y despues de repetidos ataques y brillantes triunfos, llevar y ofrecer ventajosas victorias á los piés del Crucificado. Agueda nos ofrece la apologia más brillante de la fé de Jesucristo, pues que en ella se realiza del modo más portentoso, aquella gran verdad que escogí por tema del presente discurso: «Dios ha escogido á los más débiles del mundo para confundir á los fuertes.»

Desenvolvamos esta grandiosa idea, implorando antes los auxilios de la gracia. *A. M.*

Jesucristo habia dicho á sus discípulos, que habiéndole perseguido á El el mundo, á ellos tambien les perseguiría. Contra el cristianismo tenia que levantarse todo el poder de las ideas á la sazón dominantes, y de los vicios soberanos. ¿Cómo habia de permitir la corrupcion humana, que entónces habia llegado al más alto grado de refinamiento, se echasen al suelo los altares, donde, dando culto á las pasiones, tomaba fuerza el vicio para satisfacerlas? La política, la moral, la religion, todo en el paganismo estaba interesado en que la religion de la humildad, la religion del sacrificio, no llegase á dominar la tierra, ni se dejase oír siquiera en el corrompido imperio humano. Si los ídolos no hubiesen sido la representacion de todas las pasiones, y si la corrupcion no hubiese estado interesada en conservar los altares paganos, no se habria hecho tan tenaz y sangrienta resistencia á la Cruz del Salvador: pero, habia que conservar los altares paganos, porque eran el baluarte de la corrupcion humana.

Por eso mismo la lucha, por parte de los cristianos, tenía que ser, digámoslo así, individual, y, por consiguiente, débil, en lo cual consistía lo sobrenatural del triunfo, alcanzado de fuerzas tan poderosas. Pretender que de repente se presentase un mundo cristiano en frente de otro que era gentil, no es eso lo que está en la naturaleza de las cosas, cuando el cristianismo venía precisamente á hacer guerra al hombre viejo. La lucha, repito, por parte de los cristianos, tenía que ser individual. Así quedaba más confundido el imperio y más triunfante la gracia. Uno tras otro van sucumbiendo los mártires; pero cada golpe de la cuchilla que cae sobre su garganta es un golpe de muerte para el paganismo; y cada movimiento de la rueda de navajas en que los ponen, se lleva hecho trizas un fragmento del manto del imperio. Aquéllos no tienen más luces que las de su fé, otras armas que su celo, otro crédito que sus virtudes y ejemplos; son los ministros, á quienes encarga el Señor el penoso ministerio de destruir las supersticiones, los vicios y las deidades del universo, y logran destruirlos.

Esto que habia visto el mundo con admiracion en los primeros héroes del Cristianismo, lo observó Catania con no ménos sorpresa renovado en Águeda. Ella era noble, rica, hermosa, honesta y cristiana desde su primera edad. Su inocencia, nutrida con la piedad que se bebe en los manantiales de la revelacion, la hacia tan agraciada, que hasta tenia embelesados á los mismos ángeles, llenos de asombro al verla crecer en virtudes, al observar que el Cielo derramaba en su alma aquel aroma celestial que todo lo atrae hácia sí, y hace santos á los que saben conservarlo con su buena voluntad. Sus pasos fueron rectos, su conducta angelical. Alimentada con las dulzuras de la divina contemplacion, en vano es buscarla en las concurrencias, en las diversiones y espectáculos del mundo. Su nobleza, los abundantes bienes de sus padres, su juventud, su hermosura, todo parece que la convida á entregarse á los placeres y festejos que el mundo tiene por inocentes; pero sabe muy bien, que en ellos peligrá el pudor, perecen los propósitos más firmes, y que es muy fácil el caer al que no huye de las tentaciones y peligros. Ha gustado las dulzuras de Dios, por eso le son desabridos todos los deleites engañosos del mundo. En el retiro, en el recogimiento, en la contemplacion de las verdades de la fé es donde halla sus delicias y donde alimenta su virtud: allí suspira por conocer y amar más y más á su Dios, y pone su gloria en ser ignorada del mundo. El mundo, sin embargo, no puede ménos de hacer justicia á su mérito. Jóvenes cristianos y distinguidos aspiran á tomarla por esposa; ella, empero desprecia las

esperanzas que ofrece el mundo en un matrimonio brillante, porque estima en más el amor de Dios, á quien ha ofrecido su perpétua virginidad.

Ha triunfado ya de los embelesos de la hermosura, de los amantes del mundo, y de la dulce perspectiva de los placeres; otro enemigo fuerte y poderoso le queda que vencer. Quinciano, gobernador de Sicilia, enemigo y perseguidor de los que profesan la fé de Jesucristo, la pide por esposa y la ordena venir á su presencia. ¡A qué pruebas tan duras, Señor, poneis á veces á vuestros escogidos! ¡Cuántos varones, que han sabido ser fuertes en el retiro, en la austeridad, en la persecucion y en los tormentos, flaquean puestos en los honores y se rinden á las promesas de los enemigos de Jesucristo! ¡Qué podrá hacer una jóven, pretendida por esposa del mismo gobernador? Pero, con la misma resolution que rechazó las pretensiones de otros pretendientes, sabrá rechazar las del tirano. Apenas recibe la orden de éste, rebosa en alegría su corazon, se llena de gozo y de contento. ¿Qué? ¿Se ha olvidado de sus propósitos? ¿Se ha dejado llevar de la dicha que puede prometerse de un matrimonio tan inesperado? Oigamos su resolution y el motivo de su gozo de su misma boca: «Dios mío, mi esposo y único dueño, le dice al Señor postrada en su presencia ántes de salir de su casa, bien conocidos teneis mis pensamientos y os está patente mi corazon. Solo Vos sois mi dueño, y lo seréis eternamente. Jamás dividiré con otro mi corazon. Dadme el que os ame como Vos me amais, y concededme el sacrificarme por Vos, así como Vos os sacrificasteis por mí. Veo que la hora de mi sacrificio se acerca; ¡cuántas gracias os doy porque quereis unirme más intimamente con Vos! Gustosa voy, llena de placer y alegría, y con grande confianza en vuestros divinos auxilios.» Se dirige inmediatamente á la casa del gobernador, contemplando en el camino la dicha que, sin merecerlo, le concede su Dios, no solo de darla la fé, sino de escogerla para morir en su defensa, y resolviéndose á arrostrar todos los tormentos ántes que faltar á su Dios. Si algo padece su corazon es, porque se le hacen demasiado largos los momentos que tarda en empezar á padecer y morir por Jesucristo.

Ha ce Quinciano presente sus deseos á la ilustre virgen; con su vista se enciende más y más en el fuego de su amor carnal, no tiene aliento para mostrarse severo, y espera que el tiempo y la astucia la reduzcan. ¡Cuánto no sufriria su honestidad, su recato y su pudor en un mes que estuvo entregada á una mujer corrompida y seductora! ¡Qué esfuerzos no haria el enemigo comun del género humano para derribar la constancia y fortaleza de una jóven de veintinueve años,

sola, halagada de cuanto pudiese desear y en poder de sus enemigos! Sabía muy bien Quinciano, que el medio más poderoso y el camino más corto para hacer perder la fé es, corromper el corazón. El que se entrega á los deleites de la carne, el que pone todo su apetito en los placeres sensuales, empieza desde luego á detestar en su corazón una fé que le condena; cierra sus oídos á las inspiraciones que le atormentan, se esfuerza en vano á acallar sus remordimientos en diversiones y placeres cada día nuevos, y cansado al fin de luchar, toma la resolución de no creer para vivir con desenfreno. No es extraño, pues, que el gobernador de Sicilia hiciese tantos esfuerzos para seducir y arrastrar á la torpeza á esta hermosa jóven, pues si lo hubiese logrado, hubiera también conseguido despojarla de su fé. Mas todas las astucias y artes diabólicas fueron inútiles, nada pudieron con una jóven tan virtuosa; y aquella infame mujer vino, en fin, á confesarse vencida y á decir al gobernador, que trabajaba en vano con una doncella tan cristiana.

Al odio tan encarnizado que ya tenía el tirano contra todo el que creía y adoraba á Jesucristo, se añadió el furor y despecho de verse burlado y sin esperanza de lograr sus deseos. Impaciente, colérico y respirando venganzas, hace venir á la ilustre virgen á su presencia. Agueda se considera feliz y dichosa, porque se la reputa digna de padecer por Aquel á quien ama. Corre gustosa á sufrir los tormentos; no medita, ni discurre lo que ha de responder, pues confía que el Espíritu Santo la inspirará lo que ha de hablar en lance tan crítico. Quinciano le pregunta por su nombre y linaje, la reprende el ser cristiana, y ella no se detiene en decirle que cifra toda su gloria en ser esclava de Jesucristo. Revestido el tirano de orgullo, de arrogancia y altivez, la manda que sacrifique á los dioses del imperio, y trata de atemorizarla poniendo á su vista los tormentos que la esperan; pero la digna esposa de Jesús no se detiene en decirle: «No te cases ni pierdas el tiempo Quinciano, porque antes perderá el sol su claridad y la nieve su blancura, que yo deje de ser toda de mi adorado Salvador. Si quieres usar de hierro contra mí, aquí está mi cuello; si quieres azotes, cadeas, fieras, eculos, fuego, lazos y sangre, mis carnes, mis ojos, mis manos, mi cabeza y todos mis miembros, están dispuestos y preparados para sufrir, hasta los tormentos del infierno, antes que dejar de vivir y morir cristiana y virgen. Atormenta, pues, quemame, atame, apríetame, desueltame, hierme y mata mi cuerpo, que cuanto más cruel seas conmigo, más favorecida seré por Dios, en quien tengo puesta mi confianza.» Quinciano, lleno de furor, hace descargar en su delicado cuerpo los tormentos más

inauditos y crueles: bofetadas, azotes, garfios, uñas de hierro, planchas de metal encendidas, la atrocidad tan repugnante á la misma naturaleza de cortarla los pechos, todo era poco para saciar su rabia. ¡Vos, Señor, fortalecisteis el espíritu de vuestra sierva, conservándola tranquila y llena de gozo en medio de unos tormentos tan crueles! ¡Vos, Señor, parece que os empeñasteis en porfiar y medir vuestro poder con el poder del tirano, y en hacerle ver lo débil y efímero de sus fuerzas! Vos habiais dicho, que ni un cabello caería de la cabeza del justo sin ser vuestra voluntad; pero ahora quisisteis dar un testimonio público de la fidelidad de vuestras promesas.

Arrojada Agueda en un lóbrego calabozo para que muera allí después de sus heridas y tormentos, una luz celestial destierra la oscuridad; el glorioso apóstol San Pedro baja del Cielo para restituirla sus pechos, y dejarla buena, sana y robustecida. Aquí toca en su extremo el furor del infame juez. Aquí empiezan de nuevo las repreensiones, las beñas y las amenazas; se inventan nuevos géneros de tormentos, se preparan las hogueras, la arrastran por las ascuas encendidas. ¡Inútiles esfuerzos! No se ha acabado el poder del Señor. Un grandísimo terremoto pone en consternacion á Catania; mueren dos amigos y consejeros de Quinciano; se amotina el pueblo creyendo que el Cielo le castiga por el rigor con que es tratada Agueda; la vida del cruel presidente pelagra; y todo anuncia que el Cielo y el infierno, el vicio y la virtud, la fé y la idolatría, la religion y la impiedad, están interesados en la lucha de Quinciano con nuestra santa doncella, y que de ésta es el triunfo y la victoria. El cruel gobernador vacila, se confunde al verse vencido por una jóven cristiana; atemorizado con los clamores del pueblo, manda que la lleven otra vez á la cárcel, en donde Agueda se dirige á su amado en estos términos: «Dios eterno, que me has fortalecido con tu gracia para seguir los caminos de la virtud y vencer con ella tantos tormentos, abre los brazos de tu piedad, y recibe mi espíritu, que anhela por vivir eternamente contigo en el Cielo». Con esta oracion fervorosa acabó la vida Santa Agueda: su alma se unió eternamente al Esposo que habia amado.

¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está, tirano, tu triunfo? Lo que yo veo aquí es tu confusion. Una débil doncella ha resistido á todas las seducciones con un valor, que no puede ser únicamente hijo de las fuerzas de la naturaleza; se ha mostrado impávida ante los tormentos, con general asombro de cuantos la miraban; ha conservado intacta la pureza que habia ofrecido á su divino Esposo; y tú, por temor al pueblo, que te mira con horror, tienes

que retirarte precipitadamente. Pero en vano, oyentes, trata el tirano de evitar la venganza. Habiendo llegado á un rio y metiéndose en una barca para pasarle, uno de sus caballos le asió con los dientes por el pescuezo, y al propio tiempo otro le disparó una coz tan furioso, que arrojándole en el rio no fué posible librarle, ni hallarse despues su cuerpo. Esta es la suerte de los que persiguen la virtud, y de los que no piensan más que en los placeres y deleites de la carne, sin miramiento á los deberes que nos impone la religion. Santa Agueda, despues de muerta, mereció que el mismo Jesucristo bajase del Cielo á poner sobre su sepulcro una losa de mármol con una inscripcion en que se lee su elogio, en que se la alaba por su muerte santa y por el encendido afecto con que se ofreció á Dios. El Señor hizo que los mismos paganos fuesen al sepulcro de esta Santa á suplicarle, que los librase de los horrores de un incendio, que por su mediacion consiguiesen lo que deseaban, y que quedase consignado, que esta gloriosa virgen tiene un gran poder en el Cielo. Esta es la suerte de los que todo lo sacrifican por Dios. Imitemos su virtud: así nos haremos dignos de su proteccion y alcanzaremos acompañarla en la gloria.

## PANEGÍRICO I

## DE SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR.

*Dabo vobis cor novum, et spiritum novum ponam in medio vestri.*

Os daré un corazon nuevo, y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu.

(EZECH., 36.)

Colmado Israel de los favores del Cielo, prevenido con mil gracias, instruido por tantos profetas, y convencido, en virtud de tantas pruebas, de la vanidad de los ídolos, olvida, no obstante, al verdadero Dios, ofrece sacrificios á los falsos dioses, se prostituye á las abominaciones de los gentiles, y entrega á sus lábios blasfemos la religion santa de sus mayores. Irritada con esto la justicia de Dios, aquel pueblo fué entregado al furor de sus enemigos, destruida Jerusalén, abrasado su Templo, y profanados sus vasos sagrados, y llevada ignominiosamente cautiva á Babilonia la nacion, que, á costa de tantos milagros, fué libertada de la esclavitud que en Egipto sufría. Pero el Señor, cuya justicia no puede estar siempre irritada, miró con ojos de misericordia á aquel pueblo ingrato, aún en el cautiverio mismo donde le habian arrojado sus crímenes. Allí, por medio de ventajosas promesas que le hace, le consuela y le anima. Las montañas de Israel florecerán de nuevo, y darán todavía frutos. Aquel pueblo, diseminado por varios países, saldrá del oprobio en que le tienen las naciones, y volverá á entrar en posesion de su heredad perdida. Cayendo sobre él torrentes de agua pura, conseguirá verse lavado de su mancha, y se le dará un nuevo corazon y un nuevo espíritu, para que en lo sucesivo no se aparte ya de los preceptos del Señor: *Dabo vobis*, etc.

Bajo esta antigua figura me propongo daros á conocer la conducta de Agustín hácia Dios, y las misericordias de Dios hácia Agustín.

Colmado de los favores del Cielo, prevenido con las gracias más abundantes, dotado de los más raros talentos de la naturaleza, Agustín se olvidó de Dios, su benefactor, para adorar las falsas divindades de un siglo corrompido. Irritado el Señor con esto, permite que sea víctima de las pasiones más violentas, precipitándose su espíritu en un abismo de errores, y encadenándose su corazón con más duros hierros que los que sujetaban á Israel en su cautiverio. Pero el Señor, cuyos caminos son la verdad y la misericordia, conmutévese á la vista de las miserias de este pobre cautivo, derrama sobre él el agua saludable de la gracia, con que se purifica de todas sus manchas, y le dá un nuevo espíritu y un nuevo corazón, para que no siga ya más ley que la de los mandamientos divinos.

Si, hermanos míos: la magnífica promesa hecha á los hijos de Abraham se ve cumplida en la persona de Agustín. Dios, por un efecto de su misericordia infinita, y para mayor gloria de su gracia, le dió un nuevo corazón y un nuevo espíritu: un corazón nuevo para que supiese amarle, y un nuevo espíritu para que supiese conocerle. El corazón de Agustín, abrasado con el impuro fuego de la concupiscencia, en lo sucesivo no se abrasará más que con el fuego santo de la caridad; y su inteligencia oscurecida con las tinieblas del error, brillará en adelante con la refulgente luz de la verdad: *Dabo vobis*, etc.

Los castos ardores del amor divino, sus tuidos á los ardores impuros del amor profano, dán á conocer el nuevo corazón de Agustín, como lo vereis en la primera parte de este discurso.

Las brillantes luces de la verdad, substituidas á las espesas tinieblas del error, dán á conocer su nuevo espíritu, como lo vereis en la segunda.

Ave Maria.

La corrupción y la flaqueza son el patrimonio del corazón humano. Habiendo sido concebido en pecado, no tiene ardor más que para el mal, y no se siente flaco y débil más que para hacer el bien. Si en vez de hacerse fuerte contra sus defectos, cede á la violencia de la pasión que lo solicita, conviértese entonces en un abismo que es casi imposible medir. Tal era, hermanos míos, el triste estado del corazón de Agustín, y para gloria de la gracia del Salvador no debemos disimularlo. La corrupción de la naturaleza, y el fuego y el aturdimiento de la juventud, el ejemplo y el aplauso de los libertinos, le hicieron víctima de una pasión vergonzosa, que le precipitó en una multitud de crímenes. Bebió con brutal furor, digámoslo así, el vino empozoñado de la prostituta Babilonia; y embriagado su corazón con este brutal veneno, durmió tranquilo en el seno del hediondo

deleite. La gracia hizo grandes esfuerzos para despertarle de este funesto letargo. «Sentíame yo, dice el mismo Agustín, tan poderosamente solicitado por la gracia, y oponía por mi parte una resistencia tan fuerte, que parecía haber en mí dos voluntades opuestas que me desgarraban cruelmente.» Encantábase la belleza de los pabellones de Israel; pero no podía decidirse á imitar la vida de los verdaderos israelitas. Ahora dominado por los atractivos de la gracia, despues abrumado por el peso de su pecado, no sabe que resolución tomar. Quisiera obtener la gracia de ser casto, pero tiene miedo de quedarse sin libertad.

Aunque es difícil romper las cadenas de la esclavitud, cuando una ley injusta, que reina imperiosamente en nuestros miembros, se ha fortificado con un hábito vicioso, la gracia, no obstante, redobla sus embestidas y asaltos, ataca por todas partes aquel corazón rebelde, toma alas para seguirle á Cartago, á Milán, á Roma, y se reviste de todas las formas para ganarle. Los ejemplos de los santos, los saludables consejos de Simpliciano y de Ambrosio, las lágrimas de su madre Mónica, los remordimientos de una conciencia importuna, el rigor de los juicios de Dios, y los disgustos que experimenta en medio de los más vivos placeres, secundan á su vez las operaciones de la gracia. Nada omite ésta, ni aún el milagro, para realizar una conquista tan gloriosa. Una voz fuerte le dice al oído: «toma, Agustín; toma, lee;» y mientras con sus ojos lee en San Pablo la condenación de sus impurezas, dá redoblados golpes en su corazón; y por una virtud secreta, infinitamente más poderosa y fuerte que la que en lo exterior resonaba, le detiene en medio de su carrera, le abate, le anonada; y á pesar de los gritos rabiosos de una pasión agonizante, le arranca del seno de un deleite impuro. ¡Yo adoro, oh gracia de mi Dios, tu virtud omnipotente! Porque si las resistencias de Agustín son una prueba de nuestra libertad, la victoria que ha alcanzado la gracia sobre aquéllas es una prueba evidente de su fuerza divina y de su eficacia. *Hec mutatio deleva excelsi.*

El corazón de Agustín, que no tenía amor más que para la criatura, no tiene ya ardor más que para el Criador: ese corazón, que no había buscado más que los placeres de la vida, no desea ya más que los rigores de la penitencia; ese corazón, que no había amado más que el reposo del pecado, no se ocupa ya sino de los ejercicios de la caridad. Así ha venido á realizarse, que donde abundó el pecado ha sobreabundado la gracia. Un amor tierno y afectivo para su Dios; un amor severo y riguroso para sí mismo; un amor ardiente y celoso para la salvación de los pueblos y los intereses de la Iglesia; tal es

el fuego sagrado que la gracia suslituye al fuego impuro en el corazón de Agustín. Aquel corazón, que no había sido más que una tierra abrasada por los ardores de la concupiscencia, habiendo entrado ya en él la gracia, se ha convertido en un árbol de vida. No os acordéis ya de aquel Agustín pecador; es ahora un hombre nuevo, tan elevado por las llamas de la caridad, como le había rebajado el peso de los deleites. Su misma lengua, con ser tan elocuente, no puede darnos á conocer los ardores de su corazón. «¿Á quién, y cómo, pregunta: hablaré del peso de la concupiscencia, que me ha precipitado en un abismo de crímenes, y de la operación de la gracia, que me ha elevado á la más sublime caridad? *¿Cui dicam? ¿Quomodo dicam?*» ¡Dios mío! Si no os amo aún bastante, haced que os amo más. Todas las cosas no son sinó miseria, y sin Vos la abundancia es indignidad. Abrasádmelo todo, para que en mí no haya una parte que no sea un holocausto consumado con las llamas de vuestro amor. *Accendat totus á te, ut totus diligam te.*» ¡Qué imprecaciones hacia contra el tiempo que gastára amando á las criaturas! ¡Qué pesar tan hondo no devoraba por haber amado tan tarde á Dios, belleza siempre antigua y siempre nueva! Habría querido comenzar á vivir, no más que para amarlo. Experimenta todas las penas de las más apasionadas aficiones; se deshace en suspiros y se consume en deseos; en sus propias lágrimas se baña; abrásanse sus huesos como los de Jeremías; desfallece su corazón como el de la esposa; languidece como el de David; porque Dios es ya absolutamente el Dios de su corazón: *Defecit cor meum, Deus cordis mei.*

Este era el origen de la confianza con que dirigiéndose á Dios, decía: «No ignoro, Señor, que es muy difícil al hombre excudriñar las profundidades de su corazón, y vuestra Escritura me enseña, que no sabe el mortal si es vaso de honor ó de ira, ó si es digno de amor ó de odio. Pero, después de haber examinado mi corazón, yo sé que os amo. Mis temores no son serviles, ni interesadas mis esperanzas. Quitad el Infierno y temeré lo mismo, pues no temo más que porque os amo. Destruid el Cielo, y os amaré de la misma manera, pues yo os amo por lo que sois, y no por lo que me podeis dar. Si no fuérais Dios, y yo lo fuese, dejaría gustoso de serlo, para que Vos lo fueseis.» ¡Admirable trasporte de amor, que solo es dado comprender al que sepa amar! *Da mihi amantem, et sentiet quod dico.*

De este entendido amor de Dios resultaba en Agustín el odio de sí mismo; pues no se puede amar á Dios, como Agustín le amaba, sin á sí mismo odiarse. Odio y horror de sí mismo, que le obligó á abrazarse con todos los rigores de la más severa penitencia, en lo cual

siguió el orden exacto de la justicia, convirtiéndose á Dios con la misma fuerza con que le había ofendido. Su dolor fué tan profundo como su pecado. Sus desórdenes fueron públicos, y pública será también la confesion que haga de ellos. Las obras de la gracia bueno es publicarlas; y, al efecto, Agustín descubre lo que le hacía rebelde á las leyes de Dios; recorre en la amargura de su dolor los años de su criminal vida, y así se lo revela á la tierra para gloria de la gracia, y confusion propia. De este modo hace su arrepentimiento eterno, y llora, aún después de la muerte, los desórdenes de su vida. Con exquisita aplicacion fija en los pliegues más secretos de su alma, aquella mirada, que la naturaleza y la gracia hiciéran tan penetrante. Nada disimula; nada disfraza. No contento con reproducir sus desórdenes más estrepitosos, descubre sus aficiones más secretas, sus intenciones malignas, sus ilusiones de espíritu, el desenfreno de su voluntad, el artificio de sus palabras, la hipocresía de sus juramentos, los lazos que tendía á otros, y las promesas que violaba. Así expone ante el tribunal de los hombres, y enseña á todos los siglos, que si ha recibido una gran gracia ó misericordia, fué porque estaba sumergido en grandes miserias. ¡Vanidades humanas! ¿Qué decís en vista de semejante ejemplo? Vosotros os avergonzáis de confesar vuestras culpas á un solo hombre que tiene que absolvois de ellas, y Agustín las confiesa á la faz de todo el universo, estando ya perdonadas.

En punto á los rigores de su penitencia no hay necesidad de expresarlos, toda vez que su dolor vemos es tan profundo. No os hablaré, pues, de sus proyectos de soledad, para expiar las libertades que se había tomado en el trato con el mundo; ni de la guerra que declaró á sus sentidos, para hacerlos pagar con una mortificación y severidad continuas, las heridas que ellos le habían causado; ni de los anatemas que fulminó contra todo lo que le había seducido, ó podía aún seducirle; de tal manera, que su propia hermana le era ya sospechosa, y le parecían criminales las más inocentes delicias. Tampoco os diré, que convertidos sus ojos en dos corrientes de agua, lloraba de noche y de día los extravíos de su juventud; y que cuando encontrándose solo meditaba sobre los desórdenes de su vida pasada, salían sin interrupcion de sus labios estas lamentables palabras: «¿No satisfaró nunca á la justicia de Dios por tantos crímenes como he cometido?» Paso en silencio todas estas cosas y muchas más para decirlos la extrañeza que debe causaros el ver que, siendo tanto ó más culpables que Agustín, temblamos con solo oír predicar la penitencia; se subleva nuestro corazón con que se le hable de

humillaciones y sufrimientos; y se rebelan nuestros sentidos contra las santas severidades del Evangelio. Todo esto consiste en que no amamos como ha amado Agustín. Porque no os diré yo, que se partan de dolor vuestras entrañas, ni que sacrificéis vuestra carne con ayunos y austeridades: no os arrancaré tampoco los adornos de vuestra vanidad, ni os impondré forzosamente el yugo de la esclavitud. Amad, amad más, os digo; y haced todo cuanto queráis. Amad, y se romperán por sí mismas las cadenas de vuestros pecados, vuestro orgullo se disipará sin violencia, y vuestras manos se armarán contra vuestra carne por sí solas. Sea vuestro corazón de Dios, y lo serán también vuestras obras. Se harán llanos y practicables los caminos más difíciles, y el corazón llegará sin obstáculo á Dios. Las amarguras de la penitencia serán así dulcificadas, florecerán las espinas del desierto, estarán como perfumadas vuestras cruces, y vuestro amor será inteligente y activo como el de Agustín.

Cuando verdaderamente se ama, se trabaja con actividad. Las irresoluciones ó incertidumbres son un testimonio de que no se ama á Dios. El reposo fatal del pecado es lo único que entónces se busca. En esta deplorable situación vivió Agustín mucho tiempo, sin mostrar actividad más que para correr tras los objetos de las pasiones, y servir de instrumento al demonio para la perdición de innumerables almas. Pero, apénas siente la dulzura y la fuerza de la caridad, Agustín fué ya otro hombre. Nada le pareció difícil á su celo infatigable. Se le veía detestear con los niños, discurrir con los doctos, servir á los ingratos, persuadir á los obstinados, civilizar á los salvajes, y sacrificar, en fin, por su Dios y por su Iglesia el descanso que tanto había amado. Unas veces exhortaba á los catacúmenos, otras animaba á conservar la pureza del bautismo; ora instruía al clero, comunicándole los tesoros de ciencia y de sabiduría que adquiría de Dios; ora prescribía reglas para los que se sentían animados á seguir los consejos evangélicos. Aquí, como otro Nehemías, reanima el fuego de la devoción, casi extinguido; allí, como otro Macabeo, repara las ruinas del Santuario. Ahora, como un nuevo Esdras, restablece la ley; y despues, como un nuevo Finés, inmola á la justicia á aquellos que habían hecho alianza con las naciones extranjeras. Su caridad, como la de S. Pablo, no tiene límites. Atraviesa los mares, penetra en los desiertos, y abraza todas las Iglesias. No hay enfermedad que á él no le interese, ni escándalo que no le abraze, ni debilidad que no le contraste. Todos los hombres son objeto de su ternura: pecadores, idólatras, judíos, herejes, cismáticos, á todos los considera como hermanos, y desea tenerlos por hijos en Jesucristo.

En hacer el bien de todos se hallaba ocupado Agustín, cuando la ciudad de Hipona, sitiada por los vándalos, le vió redoblar su caridad y su celo. Como buen pastor animaba á sus ovejas con el ejemplo, las consolaba con sus palabras, y las socorria con sus limosnas. Mientras su Israel querido combatía en las murallas, el santo Prelado, como otro Moisés, levantaba al Cielo sus manos; y á la manera que aquel insigne caudillo ó Pastor, pedía al Señor, ó que perdonase á su pueblo, ó que le borrase á él del libro de la vida. Desea, como San Pablo, ser anatema por sus hermanos; ofrécese en sacrificio como victima pública para aplacar al Cielo irritado contra los crímenes de los pecadores; pide á Dios con lágrimas, ó que dé fuerzas á su vejez para asistir á tantos desgraciados, ó que le saque de este mundo para no ver la última desgracia de su nación, y las sacrílegas profanaciones de su santuario; y á fuerza de llorar, sucumbe por un esfuerzo de caridad, y muere de amarga pena. Ha muerto... pero la muerte es gloriosa, cuando es como la de Agustín.

Cristianos: ¿abrazas nuestros corazones alguna chispa del fuego que devoró el de Agustín, causándole la muerte? Miradlo bien. El conocer á Dios y amarle, constituye la vida eterna. Pero ¿amamos? Tomad, como Agustín, en la mano vuestro corazón, y ved de que fuego está abrasado. ¿Por ventura es de ambición? ¿por ventura es de ódio? ¿por ventura es de avaricia? ¿por ventura es de impureza? Quizás se vea devorado por el fuego de todas las pasiones juntas. ¡Corazones profanos! ¡corazones terrestres! transformaos en corazones nuevos para amar á Dios con todas vuestras fuerzas, como le amó nuestro Santo, y así lograreis conocerlo con el nuevo espíritu como le conoció Agustín. *El spiritum novum ponam in medio vestri.*

Dios es el centro de toda perfección, y, por consiguiente, el origen de toda verdad y de toda luz. Las criaturas unidas á Dios son toda luz, y separadas de Él, apénas son otra cosa que tinieblas. Agustino lo experimentó para desgracia suya. Habiéndose su corazón alejado de Dios por amor á las criaturas, su espíritu se perdió en la vanidad de sus pensamientos, y se precipitó en un abismo de errores. Así lo permitia; ¡Dios mío! exclama él mismo, para abatir la soberbia de un espíritu orgulloso que había hinchado la vana ciencia, y para enseñar á todos los hombres, que, sin vuestra gracia, no solo es vanidad toda la ciencia, sino también miseria y corrupción, y que solo ella es la que enseña la verdad al espíritu, como comunica la verdad al corazón.

Extinguido en el corazón de Agustino el fuego impuro, y sustituyéndole el fuego del amor de Dios, la verdad ocupó á su vez en el

espíritu el lugar que había ocupado el error: desvanécense sus sombras, su corazón se purifica, sus dudas se esclarecen, su razón se afianza, y sus luces son tan brillantes, como espesas y oscuras habían sido sus tinieblas. La gracia convirtió al discípulo de la mentira en doctor de la verdad; cambió su espíritu, como había cambiado su corazón; al espíritu de error substituyó el espíritu de verdad; á un espíritu limitado á algunos conocimientos naturales, le sucedió un espíritu vivo y penetrante, vasto y universal; á un espíritu preocupado é idólatra de sus pensamientos, le sucedió un espíritu dócil y sumiso, justo y moderado en sus sentimientos. En una palabra: la gracia dió á Agustín un nuevo espíritu para conocer á Dios, como le había dado un nuevo corazón para amarle. *El spiritum, etc.*

Así como la multitud de sábios es, según dice la Sagrada Escritura, lo que salva al mundo, los falsos sábios son los que le pierden. A la Iglesia no se le dán sábios ó doctores sino para la edificación del cuerpo de Jesucristo. Cuando la ciencia es sólida y pura, perfecciona ese cuerpo; pero cuando es superficial y corrompida le debilita. Lo mismo fué emanciparse el espíritu de Agustino de las extravagancias de los maniqueos, vino á ser el intérprete de la ley, y el más intrépido defensor de la verdad. Los Papas, cuando han sido consultados sobre las importantes materias de la predestinación y de la gracia, han declarado que la Iglesia, en estos puntos, considera como maestro al ilustre Obispo de Hipona. Cuando los Concilios han tenido que establecer reglas de fé, redactar decretos, formar cánones, y fulminar anatemas contra los herejes, de los escritos de Agustino han tomado hasta las expresiones ó palabras. De esos escritos, como de la famosa torre de David, penden mil escudos para la defensa de Israel; y no hay error que no haya impugnado y reducido á polvo este Doctor ilustre. Arrianos, Montanistas, Origenistas, Maniqueos, Donatistas, Priscilianistas, todos servirais de eterno monumento á sus victorias. Refutó á los herejes del tiempo pasado, y ha dejado armas para combatir á los del tiempo futuro.

Quando Pelagio, hombre presuntuoso, lleno de sí mismo, inconsistente en la fé, ingrato para con Jesucristo y su gracia, libre é independiente, débil para caer en el error, fuerte para sostenerle, y hábil para propagarle, se presenta negando el pecado original y sosteniendo la integridad de la naturaleza, haciendo con ésto inútiles ó superfluos los trabajos y la muerte de Jesucristo, imbuendo al hombre en la suficiencia propia, y constituyéndole dueño absoluto de su salud y de su predestinación; error tanto más seductor cuanto que halaga el orgullo del hombre, y tanto más pernicioso cuanto que es

difícil combatirle sin caer en el extremo contrario; Agustino, á quien la Iglesia de África confía la defensa de su fé, entra en combate con el poderoso enemigo de la gracia, oponiendo su espíritu de fuerza y de verdad á los artificios de la razón, á las sutilezas de la filosofía, á las seducciones de la elocuencia, á los arranques del orgullo, á la inclinación misma de la naturaleza, elementos todos con que Pelagio combate los dogmas católicos. Cosa difícil es, en verdad, presentar la gracia de Dios triunfante, y mantener libre el albedrío del hombre, y dar á la gracia una fuerza invencible que no sea violencia, y á la libertad una aquiescencia ó consentimiento que no sea una coacción; pero, si estos misterios inefables pueden ser medidos por la ciencia, la de Agustín será que los penetre. Vense, al parecer, renovados con este motivo los antiguos prodigios. Agustín es el héroe de Israel, que confunde al terrible gigante de los filisteos. Él es la trompeta poderosa, que ha hecho caigan al suelo los muros de la Jericó orgullosa; él es la piedra desprendida de la montaña, que ha pulverizado la soberbia estatua; él es el hombre que ha puesto Dios en Israel, como un muro de bronce, donde todos los asaltos del error vienen á estrellarse; él es el Ángel exterminador puesto á la puerta del Paraíso de la Iglesia, para disputar la entrada á los corazones duros é incircuncisos. Cuando Agustín ataca, todas las fuerzas enemigas se retiran, todo se rinde á la autoridad de su palabra, y la herejía es completamente vencida.

No es esto solo donde brilla su nuevo espíritu. Dejándose ver en todo igualmente penetrante, vasto, universal, no hay con quien compararlo en la extensión de sus conocimientos. San Próspero compara su ciencia á la de los ángeles. No son ya las categorías de Aristóteles, ni las ideas de Platon, ni el curso de los planetas, ni el movimiento de los cielos, donde Agustín, como sucedía antes de su conversión, muestra su ingenio; los sábios, que encuentran sus delicias en la lectura de sus escritos, pueden decir si hay profundidad que él no haya sondeado, altura que no haya medido, secreto que no haya descubierto, verdad que no haya comprendido, máxima que no haya apoyado, misterios que no haya esclarecido, dificultad que no haya resuelto, tinieblas que no haya dissipado. Mejor filósofo que Aristóteles, mejor metafísico que Platon, mejor político que los romanos, mejor moralista que Séneca; hombre de ciencia como Tertuliano, San Cipriano y Arnobio; teólogo como San Dionisio; intérprete de la Escritura con San Jerónimo; moralista como San Gregorio; dulce y persuasivo como San Ambrosio; hábil en la controversia como San Ireneo; grave como San Atanasio; só-



lido como San Braulio; elocuente como el Crisóstomo; Agustín posee el solo todos los dones que entre los demás han estado repartidos.

La verdad de nuestra religion, la vanidad del paganismo, la pureza de las costumbres de la Iglesia católica, la impiedad de las sectas particulares, la existencia y la unidad de Dios, la Trinidad de las Personas, las procesiones y relaciones divinas; la consustancialidad del Padre con el Hijo, la naturaleza y las propiedades de los ángeles, la predestinacion y la reprobacion, el libre albedrio y la gracia; la diferencia de los dos Testamentos, el pecado original y el actual, los vicios y las virtudes, y la caridad sobre todo; la belleza de la Gloria y las penas del Infierno, la naturaleza sana y la decaída, los derechos de la Iglesia y sus prerogativas; su santidad, su unidad, su apostolicidad, su excelencia y su preeminencia sobre la Sinagoga; todo esto ha sido objeto de sus profundos estudios; y para todas estas importantísimas y fundamentales materias nos ha legado una regla y una luz, que la Iglesia católica ni pierde ni puede perder nunca de vista. Pero, lo que aún debe sorprendernos más, como que es el gran milagro de la gracia en el espíritu de Agustín, es, que este génio tan vasto y tan universal, tan vivo y penetrante; este génio ántes tan idólatra de sus opiniones, y tan celoso de la libertad de sus pensamientos, sea despues el más dócil de todos los hombres, el más sumiso á la autoridad, y el más justo y moderado en sus decisiones. Persuadido de que, en materia de religion la creencia más antigua es la más verdadera, y que lo que nuestros padres han creído, eso y no otra cosa es lo que se debe creer, se propuso no enseñar más que lo que de ellos habia aprendido, asi como Jesucristo no enseñó más que lo que de su Padre aprendiera. La doctrina de Agustino no es, en efecto, sino la interpretacion de los Evangelios, el eco de San Pablo, el compendio de las tradiciones apostólicas y de los Concilios, la explicacion de la fé de la Iglesia primitiva, y la apología de los antiguos Padres. Puede decirse que Agustín no habla solo jamás. Su voz, semejante á la del ángel de que habla Daniel, fué siempre la voz, como de muchos. *Vox sermonum ejus ut vox multitudinis* (1). Cuando Agustín habla, los Pablos, los Ciprianos y Atanasios son los que parece nos instruyen.

Fuera de desear que este respeto á la sabiduria de los antiguos, de que Agustín nos dá tan ilustre testimonio, fuese más general entre nosotros, para evitar así los inconvenientes, peligros y males á que arrastran el espíritu de idolocidad, y la falta de sumision que hoy se

(1) DAN., 40.

advertie en muchos de los que se llaman sábios, ó aspiran á serlo. Contra lo que prescribe el Espíritu Santo, hemos traspasado los límites que fijaron nuestros padres; se desatienden los antiguos fundamentos de la fé, que son las armas de que siempre se ha valido la Iglesia para combatir el error, y nos dejamos arrastrar por todo viento de doctrina. Los santos Padres enseñaron lo que aprendieron de los antiguos, y otros enseñan ahora lo que ellos inventan. El gran Agustino afirma, que no creia el Evangelio sinó porque la Iglesia lo admitia; y hoy muchos tienen la insensata pretension de querer valerse del Evangelio, para separarse de la Iglesia ó combatirla.

Guiado siempre Agustín por esta luz, no establece principio que no sea sólido, ni prescribe regla de moral que no sea pura. Como fiel observador de la ley que Dios intima al Profeta, siempre huyó de los extremos opuestos, fijándose en el justo medio, y sin inclinarse jamás ni á la izquierda ni á la derecha. No se inclinó á la derecha, con los que suponen no haber muerto por todos Nuestro Señor Jesucristo; ni á la izquierda, con los que afirman derramó su sangre tan pródigamente, que no depende ya de la gracia, sinó únicamente de nuestra libertad el salvarnos. No se inclinó á la derecha, con los que creen, que despues del pecado de Adán hemos perdido la libertad; ni á la izquierda, con los que suponen se mantiene aún la naturaleza en el estado de la inocencia. No se inclinó á la derecha, con los que cierran al hombre las puertas del Cielo por medio de máximas excesivamente austeras; ni á la izquierda, con los que las ensanchan por medio de sus opiniones particulares. Igualmente opuesto á los ministros cómodos de un nuevo Evangelio, y á los fariseos, que no practican otra penitencia que la de predicársela á los demás, Agustín, lo que enseña á los fieles es, á servir á Dios en espíritu y verdad. Ni es de los que ponen sobre las débiles espaldas del hombre cargas insoportables, ni de los que le dicen *pax, pax*, aunque no la haya. No acomoda el Evangelio á sus opiniones, sinó sus opiniones al Evangelio. Aterra al pecador, pero no le desespera; consuela á los justos, pero no los engrie; presenta estrecho el camino del Cielo, pero no le hace impracticable. No promete la salvacion sinó al que practica la ley sin corromperla con interpretaciones suaves, ni con interpretaciones rigurosas.

El panegirico de San Agustín requeria un orador que participase del nuevo corazon y nuevo espíritu que la gracia divina puso en aquel Doctor insigne. Los doctores que tras él han venido, han hecho grandes elogios suyos; y tanto forma la gloria del héroe, como la de sus panegiristas, el que al admirar su doctrina y sus hechos, hayan se-

guido todos la una é imitado los otros. Sus escritos les han servido á todos de luz; sus caídas, de lecciones provechosas; y su conversion ó arrepentimiento, de estímulo para la penitencia. Consideremos tambien nosotros á Agustino, y celebremos sus glorias de tal manera, que le imitemos en el dolor si por desgracia le hubiésemos imitado en la culpa. De este modo alcanzaremos el mismo premio, que es la Gloria eterna, que á todos deseo. Amén.

---

## PANEGÍRICO II DE SAN AGUSTIN

(SU CONVERSION).

---

*Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem: ita nunc exhibete membra vestra servire iustitiae in sanctificationem.*

Como para maldad ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así para la santificación ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia.

(ROMAN. VI, 19.)

Si los objetos verdaderamente grandes reclaman como de justicia los grandes talentos para formar su apologia, no ha sido pequeña mi temeridad, al aceptar la comision en que me hallo empeñado. Mi decidido afecto, mi gratitud al héroe, cuyas virtudes celebramos, ha precipitado mi resolucion, sin dejarme comparar el peso que tomaba sobre mi, con la debilidad de mis fuerzas. ¡Oh! ¿qué podré yo decir de un sábio, de un cenobita, de un obispo, de un prodigio de virtud, de un Agustín, en cuyo elogio se han ejercitado todos los talentos de dentro y fuera del catolicismo, habiéndole dado uno solo los honoríficos títulos de Padre de los Padres, maestro de los doctores, igual á los apóstoles en el celo, á los profetas en el conocimiento de los misterios, á los ángeles en el fervor de la caridad; y ya que no igual, semejante á Jesucristo en la santidad de su vida? Qué podré yo decir de un Agustín, cuyo panegírico se ha formado de intento por los Vicarios de Jesucristo, y por la misma Iglesia reunida en los Concilios, sin que se crea por eso, que los elogios han llegado á igualar á su mérito?

Al recordar todo esto, me digo á mí mismo, lleno de confusion y cobardía; ¿es éste aquel orgulloso filósofo, aquel hijo ingrato y rebelde, aquel inconsiderado excéptico, aquel insensato maniqueo, aquel

jóven licencioso y abandonado, que, agitado por las más vergonzosas pasiones, caminaba sin freno por la senda de la perdición? ¡Ah! el mismo es sin duda, aunque milagrosamente transformado. ¡Feliz transformación! en ella se manifiesta con mayor brillo el omnipotente influjo de la divina gracia; con ella se consolida mucho más la prudente confianza que debe animar á los pecadores, para que busquen su felicidad por medio de la penitencia; y ved ya declarado en esto el objeto de mi oración; pues me ceñiré á esta idea, como la más sencilla é interesante al mismo tiempo para nosotros, y como la más humilde y agradable al héroe que voy á presentaros como modelo de la verdadera penitencia.

Me avergüenzo, seguramente, solo al pronunciar desde la cátedra sagrada el nombre de un orador tan consumado. ¡Oh! ¡si me fuera posible imitar siquiera el ménos perfecto de los panegiricos con que él celebró las virtudes y glorias de otros santos! pero me conozco destituido de todas las cualidades que le hacen tan recomendable entre los justos apreciadores de su mérito.

Sin embargo, gran Dios, yo sé que sola vuestra sabiduría pudo hablar por los labios de Agustino; que él nada pudiera sin vuestra gracia; y que ésta no depende de las disposiciones naturales del hombre; dignaos, pues, coaccederme la que necesito, para promover vuestra gloria y la edificación de este cristiano auditorio, recordando las virtudes de vuestro siervo. Así os lo pedimos por la intercesión de vuestra Madre Santísima. *A. M.*

¡Qué sábia es la providencia de Dios, y por qué medios tan contrarios, al parecer, dispone las cosas á la consecución de sus altísimos fines! Nada más malo que el pecado, y, no obstante, sin que nunca pueda querer el Señor que lo cometan los hombres, convierte los desórdenes, á que éstos se abandonan por su propia malicia, en ocasión y fuente de beneficios espirituales para los mismos pecadores y para los demás hombres. ¡Qué humildad, qué desconfianza de sí propio; qué conocimiento y amor á la bondad infinita; qué tierna compasión á sus hermanos no proporcionó á San Pedro su negación! ¡Hubiera aspirado jamás la Magdalena á un grado tan sublime de amor de Dios, si no hubiera palpado las bondades de este Señor, que le perdonó tan graciosamente sus enormes y escandalosas torpezas? Agustín...

Pero ¡qué voy hacer! en el día destinado para celebrar las glorias de este Santo ¿me será permitido hacer un recuerdo individual de los desórdenes que, en cierto modo, pudieran oscurecerlas? ¡Ah! no

temais que abusando del sagrado lugar que ocupo, y del santo misterio que ejerzo, profiera expresiones que puedan servir de escándalo á las almas inocentes que me escuchan, y á las que deseo y estoy obligado á edificar con mis palabras. Usando pues de la mayor circunspeccion, os diré, que Agustín fué pecador; un pecador insigne. Su orgullo, y el funesto deseo de una total independencia oscurecieron su entendimiento, hasta el punto de precipitarle en los más grosos errores, en una herejía absurdísima, en una duda universal, en extremo indecorosa á la razon; y como es consiguiente, á pesar de las protestas de tantos hipócritas reformadores, encendieron en su corazón el voráz fuzgo de la lascivia, que le condujo al goce de los más vergonzosos placeres. En vano le instruye, le exhorta y amonesta una madre digna de mejores hijos; en vano le sigue á todas partes, atropellando por mil trabajos y peligros, con el fin de salvarle de otros más temibles aún; en vano al ver frustradas sus piadosas diligencias, se deshace en un amargo llanto, lamentando angustiada la ceguera de su amado hijo, y pidiendo con las más vivas ánsias al Señor le envíe su gracia, para que pueda desengañarse y convertirse; en vano... Pero el Señor gha tenido jamás corazón de piedra ó de bronce, que no se ablande con las lágrimas de un alma poseída de la verdadera caridad? ¿Podría un Dios de amor, cerrar las puertas de su misericordia á los ruegos que se le dirigian por una madre tierna y piadosa, implorando el remedio á tan deplorable desgracia?

¡Adorable Providencia! tú has permitido los extravíos de este jóven inconsiderado, para que palpe la debilidad de la razon, la inutilidad y miseria de los bienes del mundo, la dependencia inseparable de la idea de criatura, la absoluta necesidad de buscar en el Bien infinito la quietud, que no puedan proporcionarle to los estos bienes limitados, efimeros, aparentes, estos verdaderos males; tú consentiste que Agustín fuera un gran pecador: Ah! preparabas en él á tu Iglesia el más sábio maestro y el defensor más acérrimo de tu gracia; y era conducente al efecto, que experimentara en sí mismo la deliciosa suavidad, el poder irresistible de su influencia. ¡Qué voz tan encantadora dirigis á su corazón, que le desengaña, le humilla, le transforma, le arranca de entre las garras del Dragon infernal; rompe las duras cadenas del error que le aprisionaban, y le gana completamente para la Religión y la virtud!

Enjuga tus lágrimas, atribulada Mónica; cálmese tu agitación; pón fin á tu congoja; es poco: conviértase tu pesar en indecible júbilo, y dá las más rendidas gracias á este Padre bondadoso, á cuya dichosa

casa ha vuelto ya este Pródigo reconocido. Mirale: no dudes que es el mismo: mirale postrado á los piés del célebre obispo de Milán-abjurando sus errores, detestando sus extravíos, renunciando á todo lo temporal y perecedero; pidiendo con ansia y recibiendo con indefinible satisfacción el baño salutar que le libra de la muerte, y le asegura el derecho á la verdadera vida. Oye para tu consuelo el célebre himno, con que uno y otro tributan al Señor las gracias por un beneficio, tanto más apreciable, cuanto ménos merecido era.

Ya se fijaron sus ideas: su entendimiento, desterrando el error y las dudas, se abrazó estrechamente con la verdad; con esa verdad de la que será en lo sucesivo el maestro más celoso y el apologista más elocuente. Su corazón, desprendido ya de cuanto pudiera fomentar ó halagar sus pasiones, se ha decidido de un modo irrevocable por el partido de la virtud, de que será el predicador más infatigable y el modelo más perfecto. Ya dejó de ser el Agustín pecador; y se ha convertido en un dechado de la verdadera penitencia. Su conversión no es aparente, variable, sospechosa: jamás, jamás volverá á tragar el mortífero veneno del crimen, de que afortunadamente se ha descargado por un vómito saludable. No deja los vicios, porque le inhabiliten para continuarlos la enfermedad ó la vejez, y con el perverso designio de reemplazarlos con otros más proporcionados á su situación. Después de haberse entregado al desórden en su juventud, no se dará por satisfecho con un recogimiento forzado, y con una fútil y sacrílega exterioridad de devoción: Agustín está bien persuadido, á que la penitencia es una parte de la más exacta justicia, por la que se deben resarcir completamente los daños que se han irrogado, reparar el honor que se ha vulnerado, y satisfacer las injurias con que la divina Majestad ha sido ofendida: sabe muy bien que, según las expresiones del grande Apóstol (cuya vida es al vivo retratada en la suya, y cuya lectura forma sus mayores delicias), así como el pecador hizo servir al vicio todos sus talentos y miembros, así el penitente está en obligación de emplearlos todos en el ejercicio de la virtud: lo sabe, y en esta persuasión se decide por la penitencia. Abandona para siempre los caminos de la iniquidad, y corre precipitado por la senda de la virtud. Se avergüenza, se contrista al recordar sus antiguos crímenes: sus tiernos y continuados suspiros, sus abundantes lágrimas, sus amorosos coloquios con el Señor, su retiro, sus privaciones, todas sus obras, dan un testimonio nada equivoco del agudo pesar con que le atormenta la memoria de las culpas, con que ha ofendido á un Dios, que nunca podrá ser amado como merece su bondad infinita. ¡Oh! no habia sacrificio á

que no se sujetase, para reparar el honor ultrajado de la Majestad divina; pero el hombre, el pecador ¿será capaz de dar una reparación semejante?

Esta sola consideracion le haria desmayar, si no profesára á su Dios un amor tan vehemente; si no confiara en su generosidad sin limites; si no tuviera pruebas tan palpables de la infinitad de su misericordia. Con esta confianza se alienta, se resuelve, emprende cuanto le sea posible en obsequio de su Dios; á cuyo fin se consagra á Él todo entero, y por todos los momentos de su vida. Aquella razon, orgullosa é idólatra de si misma, se somete, se humilla, reconoce la inefable veracidad de un Dios, que ha tenido la dignacion de hablar á los hombres; se persuade á que es incomparablemente mayor la esfera de la omnipotencia divina que la de la limitada comprension del hombre; hace callar los gritos de su ignorancia; cree con firmeza, estudia con ansia, explica con claridad, y defiende con teson los misterios más oscuros y difíciles, las verdades más intrincadas é incomprensibles de la Fé. Consagra su estudio y todas sus fuerzas á combatir el error mismo que habia el abrazado, y á desengañar á tantos infelices, que eran arrastrados al abismo de la perdicion entre las densas tinieblas de la incredulidad. Sus admirables talentos, su rara erudicion, sus extraordinarias virtudes, á pesar de la vigorosa resistencia que opone su profunda humildad, le conducen al santuario; le elevan al sacerdocio; le subliman al pontificado. Entónces, no de otra manera que, al presentarse el sol en el horizonte, desaparecen de improviso las tinieblas, dejando iluminada y reanimando á toda la naturaleza; así al colocarse en la Iglesia este astro luminoso, se disipan completamente, huyen precipitados y como desparvoridos todos los errores, y aparece la verdad en todo su brillo y esplendor.

Retiráos, insensatos idólatras, retiráos á ocultar vuestra confusion en el abismo; vuestros débiles ojos quedarán enteramente deslumbrados á presencia de la luz que se difunde por los libros que él intituló: *De la ciudad de Dios*. Abatid vuestro orgullo, filósofos soberbios; todos vuestros sofismas quedarán destraneados en el *Tratado de la verdadera Religion*. Desventurado Arrio, impios Macedonio y Sabelio, no tengais la osadía de comparecer donde quiera que haya noticia del admirable libro *De la Trinidad*. Huid luego, maniqueos sofistas, si no quereis exponeros á sufrir la misma suerte que vuestros dignos jefes Fausto y Félix. ¿Pensais todavía, Donato y Novaciano, atizar el fuego de la discordia, y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, después que ha visto la luz pública el libro *De la uni-*

dad de la Iglesia? ¿Hipócrita Pelagio! ¿osarás dirigir aún tus tiros contra la gracia del Redentor, cuando Agustino te ha quitado ya la máscara, ha demostrado la monstruosidad de tu secta, y opuesto demostraciones irresistibles á las sofisticas y fútiles cavilidades del astuto dialéctico Juliano? Y para decirlo de una vez: ¿qué herejía, qué cisma, qué errores ha habido en su siglo, en los anteriores y en los siguientes, que no se hayan desvanecido con la doctrina, con el celo, con la erudición de san Agustín?

Mucho es lo que puede decirse de su infatigable trabajo por aclarar, en el modo posible, los misterios, proporcionar algun conocimiento de ellos á la capacidad de los mas ignorantes, y exhortar á todos los hombres al ejercicio de una sólida virtud; mucho, repito, pudiera decirse; pero ¿á qué acumular elogios sobre los que le han prodigado tantos sábios, tantos Padres de la Iglesia, tantos Vicarios de Jesucristo, y toda la Iglesia congregada en los Concilios? y sin embargo, era un dechado de la humildad.

Sin detenernos á escuchar los elocuentes discursos de los innumerables panegiristas de este Santo, que aseguran sin el menor recelo, que nadie le ha llevado ventaja alguna en la práctica de esta sublime virtud; es indudable, que miraba con menosprecio, y aún con aversión, los honores, suponiéndolos incompatibles con la enorme vileza en que le habia sumergido su pecado; que se creia indigno hasta del escaso y grosero alimento que se veia precisado á tomar para conservar su existencia, al mismo tiempo que llegaba su generosidad al extremo de vender los vasos sagrados, para remediar con su valor las necesidades de sus hermanos; que descargando continuamente sobre sí los golpes de la más austera penitencia, le parecia poco, nada, comparado con el número y gravedad de sus culpas; que... pero es imposible referir en un breve discurso las innumerables pruebas de su humildad. Los libros de sus *Retracciones* y los de sus *Confesiones*, obras de un mérito inconcebible, que ni tuvieron modelo que imitar, ni han tenido, ni acaso tendrán copia que las imite; estas producciones originales han sido, son y serán justamente consideradas por todos los que saben apreciar su mérito, como una prueba evidente de lo más sublime, de lo más prodigioso, de lo más heroico de la humildad.

¿Qué confusión para nosotros, espíritus soberbios, que tanto y con tan diabólico disimulo nos vanagloriamos del don de Dios, que acaso, acaso, no tenemos; que con unos labios falaces é hipócritas publicamos, afectando rubor y confusión, nuestra indignidad, nuestra vileza, siendo así que se encienden en nuestros corazones el furor,

la ira, la rabia, la desesperacion, apenas alguno de nuestros hermanos, movido de una santa caridad, nos advierte los defectos que tanto nos envilecen en presencia de Dios y del mundo! Pero no es extraño, porque nosotros estamos poseídos del amor propio, y Agustín lo estaba del amor de Dios: éste era el blanco de todos sus pensamientos, deseos, ejercicios, penitencias y trabajos: éste inundaba su corazón, poniéndose de manifiesto en todas sus acciones. Donde más se deja advertir es en sus escritos; no es posible leer con atención sus *Meditaciones*, sus *Cartas*, sin sentirse abrasado interiormente de aquel divino fuego que le inspiraba para escribirlos. ¿Ni qué otro objeto pudo proponerse en su predicacion nunca interrumpida, en las impugnaciones de tantas herejías, en la explicacion de todos los misterios, en la formacion de aquella admirable *Regla*, que condujo tantos pecadores á la penitencia, tantos justos á la perseverancia, tantos tibios al fervor, tantos mundanos y sensuales á la soledad y al retiro; aquella *Regla*, que practicada con exactitud por sus hijos, y adoptada por los ajenos, ha dirigido tantos monasterios, ha hecho amables la virtud á tantos cenobitas, la más austera mortificación á tantas vírgenes delicadas; ha suavizado, allanado, facilitado el camino del Cielo, pasando de diez y seis mil las almas que por este medio han sido admitidas en aquel reino feliz, dejándolo expedito para todos los cristianos?

No puede caber la menor duda; el amor de Dios es el que dirigia todas las operaciones del grande Agustín; y su más constante anhelo fué inspirárnoslo, para lo que se valió de todos los medios imaginables: á nosotros pertenece corresponder agradecidos á tan nobles deseos. Ofrezcamos en sacrificio al Señor todo cuanto poseemos, puesto que todo lo hemos recibido de su mano benéfica y liberal, imitando escrupulosamente la conducta del Agustín, prodigiosamente convertido y penitente. Amemos, como él, el retiro, la mortificación, el trabajo, la humildad; amemos á nuestros hermanos é inspirémosles el amor á Jesucristo. Vosotras con especialidad, las que por vuestra profesion os habeis impuesto una obligacion de seguir la *Regla* de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os sepais un solo paso de la senda que él os ha trazado: mortificad incansablemente vuestras pasiones; sed humildes, pacientes, resignadas; amad la pobreza; amad al Señor: amaos á vosotras mismas; manifestad en vuestra conducta que aprendeis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un día eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

## PANEGÍRICO DE SAN ALEJO.

*Omnis qui reliquerit domum, vel fratres  
aut sorores, aut patrem, aut matrem,  
aut uxorem, propter nomen meum, centu-  
plum accipiet, et vitam eternam posside-  
bit.*

Qualquiera que habrá dejado casa, ó  
hermanos ó hermanas; ó padre ó madre;  
ó esposa, por causa de mi nombre, reci-  
birá cien veces más, y poseerá la vida  
eterna.

(MATH. 19, v. 29.)

Cuando me pongo á sondear el corazón del hombre, y que voy penetrando por todos sus hondos y oscuros senos, me lleno de temor y de espanto: de temor, por mi ruina; de espanto, por la de mis semejantes. ¿Qué veo, pues, en el corazón del hombre, que así me llena de espanto y de temor? ¡Lo que veo!... Harto lo sabéis vosotros hermanos míos, harto lo conocéis vosotros, harto lo experimentáis vosotros. Corrupción, hipocresía, orgullo, malicia, traición, envidia, amor desenfadado de sí mismo; desprecio altivo é insultante de los que son menos que nosotros, baja y aún vil adulación por los que son más que nosotros, pueden más que nosotros, sin valer tal vez más que nosotros. Nos llamamos altaneros con nuestros propios pies los andrajos del pobre, y nos hincamos de hinojos ante las galas del rico. Olvidamos, sinó es que miramos con desdén, á ese Dios Todopoderoso, de quien continuamente recibimos la existencia, despues de habernos criado de la nada; y nos dejamos arrastrar con pasión del amor de viles criaturas como nosotros, que no pudiendo jamás darnos el verdadero bien, frecuentemente nos hacen mucho mal.

Ved, amados míos en el Señor, lo que me aflige, me llena de pavor y de espanto. Ved lo que lleno de admiración, me hace exclamar con el profeta Rey: ¿Qué es el hombre, para que lo tengáis en vuestra memoria, ó el hijo del hombre, para que os dignéis visitarle? Y en efecto; ¿cómo no ha de asombrarnos esta misteriosa cuati-

to infinita misericordia del Señor á favor de una criatura, que le está constantemente en rebeldía? Ah, católicos, mucho llama la atención de todo un Dios nuestra propia salvación; y es, que dentro de nosotros habita una alma inmortal, destinada á las mansiones eternas. La naturaleza, decaída por el pecado del primer hombre, hace, constantemente, una guerra á muerte á esta preciosa criatura del Señor: y el Señor descendió de lo alto para enseñarle sus divinos mandamientos, confiarle sus divinos secretos, intimarle su voluntad sacrosanta. El Señor, no solo se contentó con enseñar, sinó que Él mismo *practicó*. Y era bien necesario que así fuese, porque sinó ¿qué hubiera sido de nosotros?

Vino, pues, á enseñarnos las virtudes y á darnos su gracia para practicarlas; vino á darnos á conocer nuestra propia miseria; vino á ponernos de manifiesto todo cuanto hay de perversidad y de perfidia en nuestro corazón, desde que llega á dejarse sorprender y dominar por el pecado. Vino á traernos un remedio á tamaños males; á reconciliarnos con su eterno Padre, á sellar nuestra nueva adopción y nuestra reconciliación en la cima del Gólgota. Vino... pero ¿qué lengua bastará á referir el grandioso objeto de la divina misión del Salvador? Sin embargo, católicos, entre tanto como nos enseñó, sobresale una lección divina, la que se contiene en el Evangelio de la misa que nuestra santa madre la Iglesia pone en honor del grande héroe del Cristianismo, cuyos cultos celebramos hoy, del insigne y glorioso S. Alejo. En el santo Evangelio que acabáis de escuchar, se encierra una de las más útiles y sublimes sentencias que nos ha enseñado nuestro divino Maestro: *Omnis qui reliquerit...* «Y todo aquel que dejare su casa, sus hermanos ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.» Palabras que han despoblado las ciudades más famosas de los imperios, llenado los claustros, poblado los desiertos. Nuestro ilustre Alejo las escuchó y siguió tan dócil y tan heroicamente, que su vida como vereis, ha sido uno de los mayores portentos de la historia, y mayores milagros de la gracia. EL SANTO Y GLORIOSO ALEJO, DEJÁNDOLO TODO POR AMOR DE JESUCRISTO, RECIBIÓ CIENTO VECES MÁS, GOZANDO DE LA ETERNA BIENAVENTURANZA: tal será el objeto de este discurso. Antes de probarlo, pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Al haceros la triste pintura de los efectos causados en nuestro corazón por el pecado, no ha sido mi ánimo el echar un tupido velo sobre las eminentes cualidades de que le dotará el Criador cuando

salíó puro de sus manos divinas. Y en efecto; si me pongo á considerar las prendas nativas y primigenias del corazón humano en el estado de su pureza originaria, no puedo ménos de adorar y bendecir al Criador, por tantos y tan maravillosos dones con que su misericordia lo enriqueció. Nos fijaremos hoy en alguno que otro, en relación con la santa solemnidad que nos reune en este día. Y desde luego en la propiedad del amor. Cuando reflexionamos sobre esta hermosa propiedad de nuestro corazón, inmediatamente viene á arrebatarlos en espíritu y levantarnos sobre todo lo criado, el dulce y grandioso pensamiento, de que el amor de nuestro corazón participa de lo infinito; que nada de este mundo le puede satisfacer; que siendo tan pequeño nuestro corazón, es inmenso en su amor; ¡el mundo todo, el universo entero no le llena todavía! Y sin embargo, esta propiedad eminente ha sido radicada en nuestro ser, no para dejarla vacía y nunca satisfecha, sino para que, como todas las obras del Criador, tenga su fin adecuado, pueda llenarse cumplidamente. Ahora bien; solo Dios puede ser el término y fin proporcionado para llenar y satisfacer este amor que hierve en nuestro pecho. Nada tiene, pues, de extraño, que desde el momento en que nuestro corazón llega á tocar al término de sus deseos, á la playa de sus esperanzas, al divino objeto de sus amores, á Dios, en fin, nada tiene de extraño, repito, que se sobreponga á todo lo terreno, y cual águila veloz, remonte su vuelo hácia las cumbres del éter, cerniéndose sobre las alturas en alas del divino amor. Y ved cómo se explica el fenómeno, eminentemente religioso, de un S. Alejo, que pospone al amor de su Dios, el amor de su tierna y dulce esposa, de su tierna y dulce madre, de su tierno y dulce padre. Detengámonos un momento en este episodio, el más interesante de su vida.

Cuando el espíritu del Señor se digna descender á nuestros corazones y morar en ellos, inmediatamente desaparece esa nube de deseos que los turban y pervierten; nuestra alma entonces, teniendo despejado el horizonte de su corazón, ve distintamente y conoce esa nube de errores, esos negros vapores de las ilusiones que la ofuscaban y confundían; principia á ver claro y sereno el Cielo que ántes le estaba opaco y sombrío, es penetrada de una luz viva y amorosa; conoce claramente y ve, al través de esta luz divina, las cosas de la tierra; y poniéndolas en paralelo con las del Cielo, por un movimiento espontáneo, se siente como horrorizada del caos en que se hallaba sumida, y anhela y suspira con ansia por el bien supremo, por esa mansion de delicias eternas que le espera, y para la que fué criada.

Ocupado nuestro Santo de la felicidad eterna, procuraba, desde muy jóven, desembarazarse de su nombre, riquezas y de todo lo que pudiera distraerle. Pero hé aquí que, cuando más seriamente meditaba como librarse de un mundo tan importuno, viene á presentarse el motivo más poderoso para empeñarlo en las atenciones del siglo. Como él era el único sucesor de la familia, sus padres se decidieron á casarle; y sin embargo de su oposición, quisieron, absolutamente, que aceptara un partido ventajoso que le habían procurado. Alejo tuvo que condescender con sus padres, y al fin se celebró el casamiento. Como el Santo solo había consentido al matrimonio por el grandísimo respeto que tenía á sus padres; el matrimonio, que acababa de celebrarse con la mayor solemnidad, en nada debilitó ni disminuyó el deseo ardiente que tenía de pertenecer á solo Dios, y de no amar sino á Dios solo.

Apénas se hubo desposado, cuando se avivaron más y más estos deseos, y tomó la generosa resolución de romper de un golpe todos los lazos que podían atarle al mundo, y creyó que solo la huida podría ponerle en estado de llevar á cabo su designio. Efectivamente, mientras todo era fiestas en la casa de Eufemiano, y que toda la población iba á tomar parte en la alegría, Alejo, al anochecer del mismo día de bodas, entra en el aposento de su esposa y le pone en sus manos un anillo y una rica faja; le suplica que acepte este regalo como prenda de su amistad; y dejándola, sin indicarle nada de su designio, se sale secretamente de la casa de sus padres; y habiéndose disfrazado, se vá al puerto, se embarca en un buque que partía para Laodicea, é hízose á la vela en la misma noche. Dejó á vuestra meditación el considerar el efecto que causaría la partida de Alejo en su esposa, padre, madre, parientes y el pueblo todo. Las fiestas se convirtieron en duelos, las galas en luto, las algazaras en exclamaciones lastimosas, sentimentales. Todo esto era muy natural y muy consiguiente: sin embargo de que Alejo lo había previsto y meditado, nada le detuvo en su resolución. Dios había depositado en su corazón un gérmen de amor celestial tan vivo y eficaz, que ni el amor á una tierna, pura y cándida esposa, ni el cariño á una madre que tanto le quería, ni el amor á un padre respetado y querido, nada pudo contrabalancear á la inspiración del espíritu del Señor. ¡Ah, católicos, y cuánto acusa este ejemplo heroico nuestra apatía, nuestra fria indiferencia, nuestra cobardía en resolernos á seguir el camino, á marchar intrépidos por el sendero que el Señor nos ha mostrado ser aquel por el cual debemos ir hasta la muerte!

Llegado á Laodicea nuestro Santo, temeroso de ser descubierto

allí por los emisarios de su padre y esposa, se fué á Edesa, en donde se juzgaba al abrigo de todo descubrimiento, y además porque creyó poder vivir allí pobre y desconocido. Distribuyó todo lo que le quedaba entre los pobres; quiso vivir en la mayor oscuridad y pobreza y abandonarse enteramente á la Providencia. Su calidad de extranjero, sus modales en lo exterior muy sencillos, y su traje pobre, le atrajeron muy en breve toda suerte de oprobios, de insultos y desprecios. Se le miraba en aquel país como un vagabundo sin profesion, como un mendigo aventurero, y no se le daba limosna sin haciéndosela de mala gana; insultábale los niños y muchachos, el populacho le ultrajaba y cada uno le escarneaba como á porfia: el siervo de Dios recibía con la mayor alegría toda esta nube de desprecios, gozándose de verse lleno de oprobios, como su divino maestro Jesús. Su tierna devoción á la santísima Virgen María, le hizo escoger por su ordinaria habitacion la catedral de Edesa, consagrada á María, célebre por la mucha devoción y por los prodigios obrados por medio de su intercesion en aquel santuario. Por la noche se albergaba en el pórtico de este célebre templo; allí pedía limosna durante algunas horas del dia. El resto, y la mayor parte de la noche los pasaba en oración; algunas cuantas horas tomaba un breve sueño recostado en el suelo sobre el embaldosado; en fin, su vida era una penitencia continua la más asombrosa.

A pesar de su profunda humildad, su santidad y heróica penitencia no pudo permanecer oculta por mucho tiempo, y la fama de sus virtudes corria de boca en boca por todos los contornos de Edesa. El Señor, por medio de la milagrosa imagen de María venerada en Edesa, manifestó más de una vez la santidad de su siervo, revelándosela á un santo sacerdote, custodio del célebre santuario. Alejo no tardó en conocer que ya no se le trataba como á un simple pobre, sino que se le veneraba como á un santo penitente, y que cada cual le convidaba con una habitacion en donde pasar sus dias tranquilos y serenos. Esto solo bastó para que Alejo se retirase inmediatamente de Edesa y se embarcase en el primer buque que se diese á la vela, é irse á la merced de la Providencia. El buque que encontró, y en el cual se embarcó, tomó la direccion de Laodicea, á donde iba destinado; pero Dios, queriendo probar todavía mas la fidelidad de su siervo Alejo, mandó á los vientos y á la mar; y la nave, en lugar de aportar á Laodicea, segun el designio del capitan y de toda la tripulacion, fué llevada por una récia tempestad á las aguas de Italia y arrojada á la playa del Puerto-Romano. Desembarcaron, pues, todos los tripulantes y pasajeros en este puerto. Nuestro Alejo reconoció

en este acontecimiento la mano todopoderosa de Dios; adoró su providencia; y deseoso de padecer más y más por amor de nuestro Señor Jesucristo, tomó una de esas resoluciones que solo pueden venir del Cielo, y que nuestro solícito maestro y Redentor deja realizarse para mostrar todo el poderio de su gracia.

Con las austeridades continuas, y con todo ese género de privaciones morales y físicas de que habia hecho el blanco y la victima á su cuerpo, estaba éste tan demudado, que ni su rostro ni sus facciones eran ya conocidas, ni de modo alguno semejantes á las de su juventud. Juzgó, pues, que podia presentarse en la misma casa de su padre y madre sin ser conocido de ellos, y se resolvió á verificarlo, guardando el incógnito más riguroso, hasta que la Providencia le indicase ser llegado el momento de descubrirse. No se le ocultó el atroz combate en que iba á empeñarse; pero fuerte y apoyado en la gracia de Dios, sale de Puerto-Romano á pié como un pobre mendigo, se dirige á Roma, toma la direccion del palacio de su padre, se acerca á él, y poco más ó ménos le dice estas palabras: «Siervo de Dios, ejerced vuestra benigna caridad para conmigo, pobre y de todos despreciado; admitidme en vuestra casa para que coma con vuestros criados de las migajas de pan que caigan de vuestra mesa. El Señor Dios bendiga y haga próspera vuestra vida; y si alguno de los vuestros peregrina, no dudeis que el Señor os lo devolverá salvo y sano.»—A estas últimas palabras los ojos del anciano senador se arrasaron de lágrimas, acordándose de su Alejo; y conmovido extraordinariamente á favor del pobre peregrino que tenia delante de él, dá orden á sus criados para que uno de ellos se encargue de este pobre mendigo, y le suministre lo necesario con amor y caridad.

Admitido en la casa, los criados, muy lejos de obedecer fielmente á su amo y tratar como debieran al pobre mendigo, en cada instante no cesaban de insultarle, de maltratarle, y aún muchas veces, le rehusaban lo necesario, tratándole vil é inhumanamente. Dios lo disponia así para hacer brillar más y más la heróica virtud de su siervo Alejo. La paciencia de nuestro Santo y su mansedumbre no se desmintieron ni un momento: no salia de casa sino para ir á la iglesia; comulgaba todos los domingos, segun la práctica de aquellos piadosos siglos; su ejercicio continuo era la oración; su alimento pan y agua; su cama el suelo, y sin abrigo alguno. Así continuó por espacio de diez y siete años. Y bien: ¿creéis acaso que este género de vida, sazonado con los viles y soeces tratamientos de los criados, fuese la mayor tentacion para Alejo? ¡Ah! los que entre vosotros seais hijos buenos y esposos tiernos, me diréis inmediatamente que



nó; y vo. apelando á vuestros sentimientos de hijos y de esposos, os convido á contemplar este sublime espectáculo de un hijo único, heredero de un hombre ilustre y de una opulenta riqueza, y esposo de una doncella adornada de todas las más bellas y sobresalientes prendas; yo os convido, digo, á contemplarlo en el zaguan de la casa de su mismo padre, donde moraban su padre, su madre y su esposa: viendo á cada instante á estos tres amados objetos de su corazón, oyéndoles repetir muchas veces al día: á su madre: ¡Ah, hijo mio Alejo! ¿dónde estás, querido de mis entrañas?—A su esposa: ¡Ah esposa mio y señor, cuán poco tiempo te conocí! ¿Cuándo volverán mis ojos á verte, y cuándo vendrás á saciar esta sed de amor que me abrasa y consume, sin dejarme morir? Esto y mucho más dirían los angustiados padres y la esposa afligida; y de todo esto era testigo Alejo, el objeto de estas quejas amorosas. Contemplad, pues, cuánta violencia tuvo que hacer á su tierno corazón, y cuán grande, cuán heroico fué el amor de este héroe á su Dios, el amor á la humildad, á los desprecios y á la mortificación.

Después de diez y siete años de combates y de victorias, Dios quiso recompensar la fidelidad de su gran siervo. Alejo, informado por inspiración divina de su muerte próxima, y sintiéndose movido interiormente del deseo de publicar las maravillas de la gracia, escribió toda su vida en un papel que el mismo cerró y guardó consigo. Pocos días después, y sin que apenas lo percibiese nadie, Alejo espiró. En el mismo día, estando el Papa Inocencio I celebrando misa en presencia del emperador Honorio y de los principales personajes de Roma, entre los cuales se hallaba Eufemiano, se oyó una voz milagrosa que decía: «Que un gran siervo de Dios acababa de morir en el palacio de Eufemiano; que su crédito y poder eran muy grandes delante del Señor.» La sorpresa y admiración fué general; y Eufemiano, más admirado, aunque no tan sorprendido, dijo al emperador: Si lo que oímos es cierto, ese Santo no puede ser otro que un pobre á quien doy albergue muchos años há. El Papa, el Emperador, con los personajes asistentes, concluida la misa, fueron al palacio de Eufemiano, y hallaron, en efecto, á Alejo muerto, debajo de la escalera principal, y con un papel en la mano. Eufemiano, llevado de un movimiento de santa curiosidad, quiso tomar el papel; pero estaba tan fuertemente asido, que no pudo arrancárselo. El Papa mandó que todos se arrodillasen, y acercándose al santo cuerpo, tomó sin dificultad el papel, que desplegado dió á leer á Aecio, canceller del Imperio. Este papel contenía su nombre y cualidades, con su historia detallada. Todos quedaron atónitos de lo que veían y

acababan de descubrir; pero nadie lo fué tanto como Eufemiano, el venerable senador, que reconoció á su propio hijo en el pobre á quien había albergado. Cuando su madre y esposa lo supieron, imposible sería describir los sentimientos tan encontrados que experimentaron. Todo el pueblo acudió en masa á la casa del senador Eufemiano, dando gracias á Dios por las maravillas que acababan de presenciar.

Católicos, ¿cuántas y cuán útiles enseñanzas nos ha querido el Señor dar en esta admirable cuanto tierna é interesante historia! Vemos un jóven instruido, fino, noble, rico, virtuoso sin preocupación, humilde sin afectación, que lo deja todo por seguir á Jesucristo pobre y paciente. Oponiáse á su designio obstáculos insuperables por las leyes ordinarias de la naturaleza y aún de las leyes ordinarias de la gracia. Amaba tiernamente á sus padres, sus padres le correspondían con un amor entrañable y exclusivo, pues que Alejo era hijo único, el solo fruto de su santa union. Alejo era piadoso; sus padres lo eran tambien en extremo. Alejo era muy compasivo para con los desgraciados y menesterosos; los padres de Alejo lo eran tambien, pues que expendían una gran parte de su rico haber en favorecer á los desgraciados y necesitados. Si de los padres pasamos á la esposa de Alejo, vemos en ella un puro espejo de las prendas y virtudes de una doncella cristiana, noble, caritativa, piadosa, con todas las prendas naturales de hermosura, riqueza y demás. En el seno pues, de su familia, Alejo, muy lejos de tener por qué temer por su salvacion, solo podía hallar motivos de edificación. Y sin embargo, tomó una de esas resoluciones que las reglas ordinarias de la gracia y de la teología, aún la más rígida, no aconsejan sino cuando hay que optar entre la ocasion inmediata del pecado ó la huida, ó si menester fuere, la muerte. ¿Qué vió, pues, Alejo? ¡Ah católicos, no es difícil adivinarlo á un corazón enamorado de Dios; no es difícil adivinarlo á una alma que vive de la fé; no es difícil adivinarlo á un corazón virgen de todo afecto terreno! Lo que Alejo vió, lo que oyó, quien le mandó, fué Dios! Alejo oyó á la voz que le decía: «Todo aquel que dejare su casa, sus hermanos; ó á su padre ó su madre; ó á su mujer por causa de mi nombre, recibirá ciento «por uno y poseerá la vida eterna.» Oyó esta voz Alejo, y le conmovió el corazón. El Espíritu divino le dió tanta fuerza é impulso, que Alejo, dejando lo bueno por escoger lo mejor, obedeciendo á las fuertes y extraordinarias inspiraciones de la gracia, emprendió esa vida tan austera y penitente, tomó ese camino tan extraordinario, que después de mil cuatrocientos años todavía no ha tenido un segundo

imitador. Sin duda que era bueno el estado que Alejo dejó; en él podía hacer mucho bien á todos, mucha caridad á los pobres, dar mucho consuelo á los afligidos; pero mucho más perfecto y análogo al Evangelio es, escoger y abrazar un estado humilde, un género de vida pobre, un camino estrecho, donde los trabajos le venían al encuentro como á porfía, y en donde nunca, ó rarísima vez, se ven los consuelos terrenos. Bueno y santo es el dar limosna; más bueno y más santo es, el escoger, por llamamiento directo del Cielo, un estado que le obligaba á pedirla. Santo y bueno socorrer á los necesitados; pero más santo y perfecto es, el hacerse voluntariamente necesitado por haber dado todo su haber á otros más necesitados. Muy buena y muy santa es la union conyugal, el santo matrimonio, pues que la santa Iglesia le bendice, y porque, sobre todo, nuestro divino Maestro lo elevó á la altísima dignidad de Sacramento; pero más perfecto y más santo es el estado de abnegacion, el estado de humillaciones sufridas por Jesús, por su amor, por su gloria; y, sobre todo, más perfecto y más santo es, el estado de la virginidad, como así nos lo enseña la misma verdad divina. Sin duda, que santos son los castos y puros afectos del matrimonio, pero es infinitamente más santo el total desapego y desprendimiento de todo afecto terreno, para solo amar á Dios y á nuestros prójimos en Dios. Nada hay más natural y justo, á la par que fuerte y profundo, que el tierno y respetuoso amor filial del hijo al padre, de la hija á su madre; este amor tiene echadas sus hondas raíces en lo más íntimo de la naturaleza. Pero este amor, no siendo sinó un destello de aquel inmenso Amor creador de todas las inteligencias como de todos los seres, no siendo sinó un rayo de aquel Sol divino, que baña con sus resplandores á todo lo que es capaz de amar y entender y ver, no es tan perfecto y sublime, tan puro y profundo como el amor divino, que es, en cierto modo, una participacion de la Divinidad.

Inclinémonos, pues, ante ese Dios grande; ese Dios por esencia bueno; ante ese Dios, cuyos decretos y cuyos caminos, aunque nos son desconocidos, son siempre dignos de nuestras más cordiales adoraciones. Postrémonos ante el acatamiento del Dios padre de las luces, autor, origen y repartidor de todo don perfecto. Él, como soberano *dispensador* de gracias y dones, los distribuye entre sus criaturas segun conviene á su santísima y justísima providencia. Aceptemos con humildad y agradecimiento los dones y gracias que Él se digne depararnos; hagamos fructificar en nuestros corazones las semillas de virtudes, gracias y dones que Él se digne sembrar en nuestras almas. Adoremos su santísima y justísima voluntad, en especial,

porque nos ha dado en espectáculo de amor y veneracion á este insignie héroe de la humildad, del desprecio del mundo, y de sí mismo; y lo que es más, de este más que heroico desprendimiento del amor de su esposa, madre y padre. Bendigámos una y mil veces al Señor, por habernos presentado un ejemplo tan sublime, un dechado tan completo de todas las virtudes cristianas.

Y vos, ilustre Alejo, que habeis ido á gozar de vuestro bien amado Jesús, bien se ha cumplido en vos la palabra de este nuestro divino Maestro, á quien tan fielmente copiasteis. No solo habeis recibido ciento por uno de cuanto acá abajo tan generosamente renunciasteis, más de mil habeis recibido. Por un padre terreno, teneis y poseeis al Padre celestial; por una madre que os dió á luz, teneis y poseeis á esa Madre del Verbo Encarnado, á quien le fuisteis tan tiernamente afecto. Por una esposa teneis millones de espíritus celestiales, que, como vos, van en pód del Cordero, cantando cantares virginales y siguiéndole por todas partes á donde vá. Entrad, pues, celestial Alejo, en el goce de vuestro Señor; é interceded por nosotros, para que consigamos las divinas misericordias y el galardón eterno por eternidad de eternidades en la gloria. *Amen.*